

Domingo 16: El Fin de la Vida de Cristo

Preguntas y Respuestas 40-44

Lectura: Mateo 27:45-61

Salterios:

Primero: 114:1-4

Segundo: 216:3,4

Tercero: 312:1-5

Cuarto: 203:1,4

Último: 29:2,3

Querida congregación,

En Mateo 26 y 27 podemos leer cuánto sufrió el Señor Jesús al final de Su vida. ¿Cuánto? Es indescriptible. Podemos decir que Jesús se fue sintiendo cada vez más solo en esas últimas horas. Primero, fue el Padre quien se apartó de Él. Cuando Jesús entró en esas tres horas de tinieblas en la cruz, descendió a un abismo de agonía en el que tuvo que clamar: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (Mateo 27:46). Estaba solo, indescriptiblemente solo. Luego, Su alma dejó Su cuerpo. Entregó el espíritu y murió. Finalmente, Sus amigos lo abandonaron. Tomaron Su cuerpo y lo sepultaron en el huerto de José de Arimatea. Ellos también tuvieron que despedirse de Él. Tuvieron que dejarlo atrás en el silencio del sepulcro.

Sin embargo, a través de este camino, el Señor Jesús obtuvo la salvación para las personas que merecen ser abandonadas a causa de sus pecados y transgresiones, para personas que se han hecho dignas de estar en soledad eterna. Él obtuvo una salvación completa. ¿Qué clase de salvación era, y cómo la mereció? Escucharemos acerca de esto en el Catecismo de Heidelberg mientras consideramos el Domingo 16. Pedimos su atención para el Domingo 16 de nuestro Catecismo, en el que leemos las Preguntas y Respuestas 40-44.

Pregunta 40: ¿Por qué fue necesario que Cristo se humillase hasta la muerte?

Respuesta: Porque la justicia de Dios no se podía satisfacer por nuestros pecados, sino con la misma muerte del Hijo de Dios.

Pregunta 41: ¿Por qué fue también sepultado?

Respuesta: Para testificar que estaba verdaderamente muerto.

Pregunta 42: Ya que Cristo murió por nosotros, ¿por qué hemos de morir también nosotros?

Respuesta: Nuestra muerte no es una satisfacción por nuestros pecados, sino una liberación del pecado y un paso hacia la vida eterna.

Pregunta 43: ¿Qué provecho recibimos además del sacrificio y muerte de Cristo en la cruz?

Respuesta: Por su poder nuestro viejo hombre está crucificado, muerto y sepultado juntamente con Él, para que, en adelante, no reinen más en nosotros las perversas concupiscencias y deseos de la carne, sino que nos ofrezcamos a Él en sacrificio agradable.

Pregunta 44: ¿Por qué se añade: descendió a los infiernos?

Respuesta: Para que en mis extremados dolores y grandísimas tentaciones me asegure y me sostenga con este consuelo, de que mi Señor Jesucristo, por medio de las inexplicables angustias, tormentos, espantos y turbaciones infernales de Su alma, en los cuales fue sumido en toda Su pasión, pero especialmente clavado en la cruz, me ha librado de las angustias y tormentos del infierno.

El Domingo 16 nos habla acerca de:

El Fin de la Vida de Cristo

1. Su muerte
2. Su sepultura
3. Su descenso al infierno

Repito: El fin de la vida de Cristo. En primer lugar, Su muerte. La Pregunta 40 dice: “¿Por qué fue necesario que Cristo se humillase hasta la muerte?” Y la Pregunta 42: “Ya que Cristo murió por nosotros, ¿por qué hemos de morir también nosotros?” Nuestro segundo pensamiento es Su sepultura. Consideren la Pregunta 41: “¿Por qué fue también sepultado?” En conexión con eso, también consideraremos la Pregunta 43: “¿Qué provecho recibimos además del sacrificio y muerte de Cristo en la cruz?” Y luego, finalmente, Su descenso al infierno. La Pregunta 44 dice: “¿Por qué se añade: descendió a los infiernos?”

Primer pensamiento. Su muerte.

Congregación, la muerte fue una profunda humillación para el Señor Jesucristo. La muerte, en general, le afectaba muy profundamente. ¡Piensen en cómo lloró ante la tumba de Su amigo Lázaro! La muerte le era algo extraño como el Hijo del Dios viviente. La muerte era muy diferente para Él que lo que es para nosotros. *Nosotros* yacemos en medio de la muerte, pero *Él* podía decir: “*Yo soy la vida*” (Juan 14:6b). Nosotros hemos merecido la muerte, pero Él nunca cometió ningún pecado; sin embargo, tuvo que morir. Además, no hubo nadie para consolarlo en esas últimas horas de Su vida, nadie para aliviar Su sufrimiento —nadie en absoluto. Fue escarnecido, golpeado, despreciado y luego tuvo que morir.

¿Por qué le era necesario a Cristo humillarse tan profundamente? Esa es la primera pregunta del Domingo 16: “¿Por qué fue necesario que Cristo se humillase hasta la muerte?” ¿Realmente no había ningún otro camino por el cual Dios pudiera liberar a Sus escogidos de la muerte eterna? ¿Por qué fue necesario? La respuesta es clara y concisa: “Porque la justicia de Dios no se podía satisfacer por nuestros pecados, sino con la misma muerte del Hijo de Dios.” No *había* ningún otro camino. Si hubiera existido otro camino, Dios habría librado a Su unigénito y amado Hijo, pero no había ningún otro camino. La culpa de nuestro pecado es tan enorme que solo podía ser quitada por el Cordero de Dios en Su profundo sufrimiento. El sacrificio de Cristo es en proporción a la santidad de Dios y la magnitud de nuestro pecado.

Dado que el hombre había ofendido a Dios con sus pecados y lo había provocado a ira, esto no pudo quedarse impune. ¿Acaso no es Dios el Santo? ¿Puede Dios tener comunión con el pecado o con el pecador tal como es en sí mismo? Dios es un Dios de justicia. Es también el Dios de la verdad. La verdad de Jehová permanecerá para siempre. Dios es fiel a Su Palabra. Él cumplirá lo que ha dicho, sea una promesa o una amenaza. Él hablaba en serio cuando dijo al hombre en el Paraíso: “*el día que comieres de él, ciertamente morirás*” (Génesis 2:17). Pero el diablo dijo: “Puedes comer libremente de ese árbol. No hay problema con ello. No morirás; más bien te beneficiarás de ello.” Y, ¿qué hizo el hombre? Creyó al diablo y así hizo a Dios mentiroso. Se sumergió a sí mismo en la muerte eterna. ¿Es Dios, entonces, injusto cuando deja al hombre en su miseria? Dios es fiel a Su Palabra y puro en Su juicio. La justicia y la verdad son los pilares de Su trono.

Sin embargo, Dios tuvo pensamientos de paz y no de mal. Esa es la maravilla de Su gracia libre y soberana. Dios pudo haber castigado a Adán y a toda su posteridad, y de hecho, *debería* haberlo hecho, pero estaba dispuesto a salvar a un pueblo que había amado desde la eternidad. Para tal fin entregó a Su Hijo unigénito. Envío a Cristo a este mundo como sacrificio por el pecado. Ese es el evangelio en la respuesta a la Pregunta 40. Esa respuesta podría haber sido tan diferente. Podría haber sido algo semejante a esto: “Porque la justicia de Dios no se podía satisfacer por nuestros pecados, sino con la muerte eterna del pecador, de aquel que es culpable.” En vez de ello, habla de la satisfacción realizada por la muerte de Cristo, el Hijo de Dios. Ese es el evangelio; esa es la luz alumbrando en la respuesta a la pregunta 40. Dios ha castigado a Su Hijo en lugar de Su pueblo.

La respuesta solamente menciona los atributos de la justicia y de la verdad de Dios, pero en el fondo uno también puede ver los atributos de Su amor y de Su misericordia.¹ Fue en Su amor que Dios planificó un camino de escape para Sus elegidos. Fue en Su misericordia que dio a Cristo

¹ La respuesta en la versión en inglés del Catecismo menciona no solo la justicia de Dios (como en nuestra versión castellana), sino también la verdad de Dios. Literalmente traducida, se lee así: “Porque, en cuanto a la justicia y la verdad de Dios, la satisfacción por nuestros pecados no podía ser hecha de otra manera que por la muerte del Hijo de Dios.”

para satisfacer Su justicia y verdad. El amor y la misericordia comienzan a brillar cuando nosotros aprendemos a humillarnos bajo la justicia y la verdad. ¿Entendemos qué significan estos atributos? En el conocido librito del Reverendo Hellenbroek, podemos encontrar descripciones claras de los atributos de Dios. Nuestros jóvenes los aprenden en la catequesis.² Pero la gran pregunta es: ¿Conoce usted estos atributos de una manera experiencial? ¿Alguna vez se ha encontrado con la justicia de Dios? ¿Alguna vez ha sido humillado por Su verdad? Esos dos atributos son como siervos en la corte celestial. En la hora del beneplácito de Dios, son enviados por el Señor para alcanzar al pecador y convencerlo de su culpa. Sus ojos son abiertos para ver la justicia y la verdad de Dios; su corazón es conquistado para caer bajo Dios y aceptar Su juicio, y su boca solo puede decir “Amén” a la sentencia de muerte.

Oh, congregación, ese es el camino por el cual el Señor guía a Su pueblo a la salvación. ¿Conocen este camino, o buscan otro camino? ¿Quisieran ser salvos sin haber estado perdidos primero? Entonces la muerte del Hijo de Dios no tendrá ningún valor en su vida.

¿Hay personas aquí que saben lo que es ser detenido por la justicia de Dios y confrontados con la verdad de Dios? Oh, confiesen sus pecados delante de Él, y pidan que Él los recuerde en misericordia. Reconozcan que son dignos de muerte, pero esperen en Él y no lo suelten. No, el Señor no está *obligado* a salvarles. No hay ninguna obligación de parte de Él, y no hay ningún derecho de parte de *ustedes*. Él es igual de libre para salvarles como para condenarles. Dios es absolutamente soberano. Él dice: *“Tendré misericordia del que tendré misericordia, y me compadeceré del que me compadeceré”* (Romanos 9:15). La salvación nunca se convertirá en una maravilla para nosotros hasta que hayamos caído ante los pies de un Dios soberano.

¿Hay mendigos en nuestro medio que no tienen nada más que culpa y que solo pueden decir: “Oh Dios, Tú eres justo y verdadero”? Entonces permanezcan exactamente donde están. Quédense en ese lugar donde Dios los ha postrado. Esperen como criaturas indignas a que Cristo se revele por Su Palabra y Espíritu. Esperen como pecadores perdidos a que ese único Nombre resplandezca en su oscuridad. Esperen en su imposibilidad a que el Señor hable a su alma. Oh, Dios ha encontrado un rescate en la muerte de Su Hijo amado. Benditos son aquellos que pueden encomendarse a Él en cuerpo y alma, para el presente y para la eternidad. Benditos son aquellos que pueden obtener la salvación a través de ese precioso sacrificio y hallar reconciliación con Dios por la muerte de Cristo. ¡No morirán, sino que vivirán para siempre!

Alguno dirá: “¿Por qué, entonces, deben morir los hijos de Dios si Cristo ya murió por ellos? ¿Por qué deben morir ellos si Él ya pagó el precio?” Esa es otra pregunta planteada en el Domingo 16: “Ya que Cristo murió por nosotros, ¿por qué hemos de morir también nosotros?” En otras

² El autor se refiere a un catecismo conocido en las iglesias de su denominación, escrito por el Reverendo Hellenbroek, el cual se utiliza comúnmente para la catequesis de los jóvenes.

palabras: “¿Exige Dios otro sacrificio? ¿Exige Dios doble pago? ¿No ha perdonado plenamente a Sus hijos en Cristo?”

La respuesta dice: “Nuestra muerte no es una satisfacción por nuestros pecados, sino una liberación del pecado y un paso hacia la vida eterna.” Para decirlo sencillamente: los hijos de Dios no *tienen* que morir. No es un “deben”. Es más bien un “pueden”. Ya no hay razón por la cual el pueblo de Dios deba morir. De hecho, algunos no han muerto. Enoc caminó con Dios, y desapareció. Tampoco Elías murió. Fue llevado al cielo en cuerpo y alma. Ni morirán los hijos de Dios que estén vivos en el día que Cristo aparezca en las nubes del cielo. Serán transformados en un abrir y cerrar de ojos al oír la voz del arcángel y la trompeta final. De hecho, ninguno de los hijos de Dios *tiene* que morir, pero todos *pueden* morir. Es un privilegio de gracia para ellos. Si llegan al final de su peregrinaje en esta vida, la muerte no será un pago por el pecado, sino, más bien, un morir al pecado. Eso es lo que deben a la muerte del Hijo de Dios. Para Él, la muerte era una maldición; para ellos, la muerte es una bendición.

Nuestro Catecismo dice que para los hijos de Dios la muerte es una liberación del pecado. Pueden mirar hacia ella con temor. Pueden temer esa hora, incluso cuando han sido tomados por Dios en Cristo y han recibido la seguridad de la salvación en un Dios Trino. No son tantos los hijos de Dios que pueden decir esto. Sin embargo, aun así, la muerte es el último enemigo y el rey de los terrores. Otros no están sin esperanza porque conocen de un Betel en sus vidas. Sin embargo, mientras su deuda no esté saldada, mientras se encuentren entre Betel y Peniel, mientras no puedan decir: “Dios es mi Dios, y el Esposo de la iglesia es el Esposo de mi alma”, la muerte puede atemorizarlos mucho. A pesar de todo lo que ha sucedido entre el Señor y su alma, a menudo se preguntan qué sucederá cuando comparezcan ante el tribunal de Dios. “Pon la muerte junto a ello”, solían decir nuestros antepasados, “y luego ve lo que tienes y cuál es tu fundamento para la eternidad.”

Sin embargo, para todo el pueblo de Dios, el aguijón de la muerte ha sido quitado por Cristo. Nuestros hijos saben lo que es un aguijón. Una avispa, por ejemplo, pica. ¿Por qué le teme tanto a una avispa? Porque ese insecto puede picarle. Pero si se le quita su aguijón, ya no puede hacer daño. Todavía puede parecer un poco aterradora, pero ya no puede hacerle daño. ¿Qué es una avispa sin la capacidad de picar, y qué es la muerte para el pueblo de Dios —tanto pequeños como grandes— ya que el aguijón de la muerte ha sido quitado? En 1 Corintios 15, el apóstol explica que el aguijón de la muerte es el pecado. Es nuestro pecado el que hace que la muerte sea tan aterradora. Si no hubiera ningún pecado, no temeríamos ni a la muerte ni al juicio. Pero, oh maravilla, Cristo ha tratado con el aguijón de la muerte. Él obedeció la ley, pagó por los pecados de Su pueblo, y satisfizo a Dios. Así, ese aguijón ha sido quitado de la muerte. Puede que los hijos de Dios aún tengan que cruzar el valle de sombra de muerte, pero la muerte misma ya no les puede hacer daño.

El Dr. John Owen llamó a esto “la muerte de la muerte en la muerte de Cristo”. ¡Piensen en ello! La muerte ha muerto en la muerte de Cristo. En Hebreos leemos: *“para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”* (Hebreos 2:14). Cuando los hijos de Dios mueren, entran en la vida. Su muerte es una liberación del pecado y un paso hacia la vida eterna. Sí, mueren, pero solamente para recibir la herencia de la mano de Cristo. La muerte es el mensajero que los lleva a casa. Cuando Jacob fue invitado por José a venir a la tierra de Egipto, éste le mandó carros para traerlo. La muerte es tal carro para el pueblo de Dios. Es el carro del que es mayor que José para trasladarlos a la tierra de gloria. Es un paso hacia la vida eterna.

Aquí los hijos de Dios ya experimentan un anticipo de esa vida. No encontrarán a un Dios extraño en el cielo, ni tampoco harán una obra extraña cuando mueran. Sin embargo, en esta vida, su servicio a Dios está lleno de imperfecciones e interrupciones debido a su debilidad y fragilidad, a su pecado y desviación. Es por eso que su corazón gime a veces y anhela ir al lugar donde ya no podrán pecar, donde cesará la batalla, y donde estarán para siempre con el Señor. Para ellos, la muerte será una liberación del pecado, como dice nuestro Catecismo, y un paso hacia la vida eterna.

Niños, esta es la razón por la que los hijos de Dios a veces esperan el día de su muerte. Quizá tengan una abuela o un abuelo convertido. Una vez ocurrió que un niño felicitó a su abuela piadosa, que había cumplido ochenta años, y le deseó muchos más años felices. La abuela le dijo: “Eso es muy amable de tu parte, pero espero que este sea mi último cumpleaños aquí abajo.” El nieto se sorprendió y preguntó: “Abuela, ¿por qué dices eso? ¿Ya no quieres quedarte con nosotros? ¿Estás cansada de nosotros?” Y la respuesta fue: “No, no estoy cansada de ustedes, pero estoy tan cansada de mí misma y tan cansada del pecado; anhelo estar con el Señor y verle en Su hermosura.” La abuela no estaba cansada de esta vida ni cansada de su frágil cuerpo, sino cansada de su corazón pecaminoso. ¡Qué bendición!

Muchas personas hoy están cansadas de este mundo o decepcionadas de su vida. Esto puede suceder aún a los hijos de Dios. Piensen en el profeta Elías. Él había hecho grandes cosas para el Señor en el monte Carmelo, pero, poco después de eso, lo encontramos debajo de un enebro en el desierto. Estaba tan deprimido que pidió al Señor que le quitara la vida. ¿Por qué lo hizo? ¡No porque estuviera cansado del pecado y porque anhelara tanto al Señor, sino porque estaba cansado de la lucha y se lamentaba por sí mismo! Así que, esto puede ocurrir aún en la vida de un verdadero hijo de Dios, pero no es lo que significa el Domingo 16, tampoco es lo que Pablo quería decir en Filipenses 1 cuando dijo: *“Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia”* (Filipenses 1:21).

Los hijos de Dios se encuentran en un estado bendito cuando están cansados del pecado y de sí mismos, clamando: *“¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?”*

(Romanos 7:24). La respuesta a sus oraciones ciertamente vendrá. Cuando ellos mueren, el pecado muere con ellos. Cuando cierren sus ojos en este lado de la tumba, los abrirán en el Nuevo Jerusalén. Ciertamente, su cuerpo tiene que ser enterrado, y el día de la resurrección aún está por venir, pero en el momento en que mueren, su pecado es quitado para siempre. Entonces son librados de su corazón malvado, y parten para estar con Cristo, su Esposo. Verán al Rey en su hermosura en aquella tierra lejana, y lo adorarán sin imperfección alguna. ¿Saben por qué vivirán en gloria? ¡Porque Jesús murió por ellos y fue sepultado por ellos! Y esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. Su sepultura.

“¿Por qué fue también sepultado?” ¿No fue suficiente para Él ser crucificado y haber muerto? ¿Por qué fue necesario para el Señor Jesús ser sepultado también? Congregación, podemos entender que es una maldición no ser sepultado. Suponga que usted muriera y su cuerpo se convirtiera solo en alimento para los animales salvajes y buitres; eso no sería una bendición, sino más bien una tragedia. Algunos incluso lo verían como una maldición. Ahora, ¿por qué Jesús tuvo que ser sepultado? ¿No había cumplido la obra que el Padre le había dado para hacer? Sí, la había cumplido. Él clamó en la cruz: *“Consumado es”* (Juan 19:30). Él había glorificado a Su Padre, y, *por eso*, recibió una sepultura honorable. Su cuerpo no fue tirado en el Gólgota como solía ocurrir con los criminales que habían sido ejecutados. Dios el Padre cuidó del cuerpo de Su amado Hijo. Manos de amor removieron ese cuerpo y lo pusieron para descansar en un sepulcro que pertenecía a José de Arimatea. Cristo tuvo una sepultura honorable. Como dice la Escritura en Isaías 53: *“con los ricos fue en su muerte”* (versículo 9). Así, la sepultura de Cristo fue una sepultura honorable.

Sin embargo, congregación, esa sepultura también fue parte de Su humillación. Un funeral siempre es algo humillante, incluso cuando el sol resplandece y las aves cantan. Puede suceder que las personas vuelvan a sus casas después de un funeral y digan: “Fue un día bendito; fue un funeral hermoso”. Pero un funeral nunca es para la alabanza o gloria del hombre —nunca. ¿Por qué? Porque cuando Dios creó a Adán y a Eva, los puso en el Paraíso para vivir y no para morir. El hombre fue hecho para vivir, pero ahora —a causa el pecado— el hombre nace para morir. Deberíamos pensar en eso cada vez que estamos alrededor de una tumba. Un funeral nos hace recordar nuestra rebelión y profunda caída en Adán. Hay algo humillante en el hecho de que el hombre, que era la joya de la corona de la Creación de Dios, tenga que ser llevado al lugar de corrupción. Es triste que un ser humano, que alguna vez nació como un hijo pequeño y fue atesorado por sus padres, encuentre su fin en una tumba sombría. Es vergonzoso que nuestro cuerpo sea bajado a la tierra donde se cumple para nosotros lo dicho: *“pues polvo eres y al polvo volverás”* (Génesis 3:19).

Ahora, nuestro Catecismo señala el milagro de que el Señor Jesús fue por el mismo camino. Él fue por el camino que Su pueblo tiene que andar: el camino de humillación. Su sepultura fue parte de Su sufrimiento. Fue parte de Su obediencia. Su naturaleza divina no fue separada de Su naturaleza humana cuando Él fue acostado en el sepulcro. Aunque plenamente consciente de la vergüenza que sufrió como el Varón de dolores, Él estaba dispuesto a ser sepultado. Permitió que Lo pusieran en el sepulcro.

¿Por qué lo hizo? Nuestro Catecismo dice: “Para testificar que estaba verdaderamente muerto”. ¿Fue *necesario* probar que en realidad estaba muerto? Sí, porque Dios sabía que llegaría el día en el que la gente negaría que Jesús realmente murió. Los musulmanes, por ejemplo, niegan que Jesús haya muerto. Lo consideran un profeta, pero no como el Cristo o el Mesías, mucho menos como el Redentor, el Hijo de Dios. Según los musulmanes, Jesús no murió en realidad. Dicen que Jesús fue llevado a lo alto justo antes de ser crucificado. Algunos creen que fue Judas quien tomó Su lugar en la cruz. No pueden aceptar el hecho de que Dios permitiera que un verdadero profeta muriera una muerte tan maldita y vergonzosa.

Sin embargo, el evangelio nos dice que *fue* sepultado. Esto nos prueba que realmente murió. Todos los cuatro evangelistas ponen mucho énfasis en ello. Nos dicen que Poncio Pilato, antes de entregar el cuerpo de Cristo, primero se aseguró de que Jesús realmente había muerto. Nos dicen que la lanza de un soldado romano traspasó el costado de Cristo y que sangre y agua fluyeron de allí, y nos dicen que manos amorosas embalsamaron el cuerpo del Señor Jesús antes de confiarlo al sepulcro. Así, Él siguió el camino de toda carne. Así como *nosotros* hemos nacido, *Él* nació. Así como nosotros morimos, *Él* murió. Así como nosotros somos sepultados, *Él* fue sepultado. Pero en todo esto, *Él* llevó consigo la sentencia de muerte por aquellos que están comprendidos en Él. Por lo tanto, Sion puede oír la buena nueva de que su tiempo se ha cumplido, que su pecado es perdonado, y que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados (Isaías 40:2).

Cristo fue sepultado como el Fiador de Su pueblo. ¿Qué significa eso? Que la tumba es un lugar terrible, pero no así para los hijos de Dios. Cristo ha hecho de la tumba de ellos un lugar de descanso, una cama suave sobre la cual sus cuerpos descansarán hasta el día de la resurrección. El Señor está velando sobre las tumbas de Su pueblo. Él ha derramado Su sangre para redimir sus cuerpos de la tumba, y algún día vendrá para la cosecha. Los resucitará en ese gran día para que lo glorifiquen en cuerpo y alma. Eso es lo que Cristo ha ganado para Su pueblo por Su muerte y sepultura.

Congregación, debemos ser honestos. La oscura y lúgubre tumba no es un lugar de descanso para todos. ¿Alguna vez ha caminado por un cementerio? En algunas lápidas están grabadas palabras como: “Aquí descansa...”, seguidas del nombre del difunto. Solo se puede esperar que sea cierto. El alma de una persona muerta vuelve a Dios para ser juzgada y va al cielo o al infierno.

¿*Descansa* realmente en la tumba el cuerpo de una persona no convertida? No lo hace. ¿Cómo será con nosotros? No tenemos que responder esa pregunta por los demás, pero sí debemos responderla por nosotros mismos.

Si no estamos en Cristo, entonces nuestra tumba no será un lugar de descanso. Entonces descenderemos más profundo que la tumba misma. Podemos decir que las tumbas del pueblo de Dios están abiertas aunque la tierra cubra el ataúd y llene la tumba. Esas tumbas están abiertas hacia el cielo y cerradas hacia el infierno. La tumba de una persona inconversa, sin embargo, está abierta hacia el infierno y cerrada hacia el cielo. ¿Cómo será su muerte? ¿Cómo será su sepultura? ¡Oh, cuán terrible si una persona espiritualmente muerta debe descender más profundo que la tumba misma, si debe pasar por la muerte temporal e ir a la muerte eterna! Oh congregación, piensen en su futuro en la eternidad. ¡Tómenlo con seriedad! El Señor aún está llamando: “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*” (Efesios 5:14).

La muerte de un hijo de Dios casi no se puede llamar muerte. Un verdadero creyente no muere, sino solo parte a la eternidad —de este valle de lágrimas al gozo eterno. Duerme. Su cuerpo puede reposar en Jesús y su alma puede cantar de gozo. Ese es el fruto de la muerte y sepultura de Emanuel. Es un fruto bendito para la hora de la muerte.

Sin embargo, hay también un fruto para esta vida presente. ¿Qué es? Consideren la Pregunta 43: “¿Qué provecho recibimos además del sacrificio y muerte de Cristo en la cruz?” La respuesta dice: “Por su poder nuestro viejo hombre está crucificado, muerto y sepultado juntamente con Él, para que, en adelante, no reinen más en nosotros las perversas concupiscencias y deseos de la carne, sino que nos ofrezcamos a Él en sacrificio agradable.” Eso, también, es un fruto bendito de Su muerte y sepultura para Su pueblo. El Señor no solo los *considera* como justos, sino también los *hará* justos. El viejo hombre morirá, y el nuevo hombre vivirá.

En realidad, eso ya sucedió en el Viernes Santo. En ese día, la vieja naturaleza del pueblo de Dios fue crucificada juntamente con Cristo. Pero lo que ocurrió objetivamente hace dos mil años y lo que se ve retratado en el bautismo debe llegar a ser una realidad en un sentido subjetivo. En otras palabras, debe ser aplicado. Debe convertirse en una realidad experiencial en la vida del pueblo de Dios. Nuestro Catecismo se refiere a esto cuando dice que nuestro viejo hombre es crucificado —es decir, en el tiempo presente. Es un proceso continuo. El viejo hombre debe ser crucificado, mortificado y sepultado continuamente. Ese proceso comienza en la hora de regeneración, pero no termina hasta el último momento de la vida de alguien.

Esta sepultura espiritual es indispensable para cada uno de nosotros. Nunca lo olvidemos: sin santificación nadie verá al Señor. La pregunta no es cómo hemos *muerto*, sino cómo hemos *vivido*. Si deseamos ir al cielo, deberíamos también andar por el camino al cielo. Podemos citar

aquellas tan conocidas palabras: *“Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor”* (Apocalipsis 14:13), pero hay algo que lo precede. Debemos *vivir* en el Señor y morir a nuestro pecado. Eso es necesario para todos nosotros. Si eso nunca ha ocurrido, ¿qué, entonces, haremos en el cielo, congregación? Ni siquiera podremos soportar la presencia de los hijos de Dios en aquel lugar de santidad. No habrá ningún descanso para nosotros ni en el cielo ni en el infierno. Tampoco podremos soportar la compañía de los demonios. Por lo tanto, es una bendición muy grande si podemos aprender a morir antes de morir. Si no morimos a nosotros mismos, si no crucificamos ni sepultamos a nuestro viejo hombre, entonces ese viejo hombre nos lo hará a nosotros. Nos crucificará y nos sepultará para siempre. Tómelo con toda seriedad.

Pueblo del Señor, tienen un nuevo hombre y un viejo hombre. Ahora ustedes deben morir cada vez más a ese viejo hombre. Ese viejo hombre no debe ser complacido ni consentido, sino que debe ser crucificado. Nuestro Catecismo dice que este es otro fruto que procede de Cristo. Es por Su poder que el viejo hombre comienza a morir y que “no reinan más en nosotros las perversas concupiscencias y deseos de la carne”. Ese es un fruto de la obra de Cristo, de Su muerte y sepultura. Aquí no hay lugar para la santidad por obras. Todo es de Él, y por Él, y para Él. ¿Vemos lo que nos dice nuestro Catecismo? Cristo es el Único que da vida al alma de Sus elegidos y mata su naturaleza pecaminosa para que avancen en la fuerza de Su Espíritu. Puede que tropiecen y caigan, pero se levantarán de nuevo. Sí, irán de poder en poder hasta que se presenten ante Dios en Sion.

El pueblo de Dios aún está en este mundo. A veces quiere arrancar de raíz todo pecado de su corazón, pero, en otras ocasiones, se siente tan muertos que no puede vencer ni el pecado más pequeño en sus vidas. Hay veces en que exclaman: “Señor, incluso si tuviera mil cuerpos, todos serían para Ti”; y sin embargo, sin el Salvador crucificado, no pueden matar ni un solo pecado o hábito pecaminoso. Aun así, son llamados a crucificar a ese viejo hombre y vivir para Dios. Por el poder de Cristo, podemos ofrecernos “a Él en sacrificio agradable”, como dice nuestro Catecismo.

Crucificar el viejo hombre significa sacar su ojo derecho si le es un tropiezo en el camino al cielo; significa cortar la mano o el pie si es piedra de tropiezo. No, no significa crucificar a otros. Eso no es tan difícil, y se puede hacer sin la gracia de Dios. Crucificar nuestro viejo hombre, sin embargo, es una obra de fe. Solo se puede hacer mirando a Jesús, a Aquel fue crucificado y sepultado en el sepulcro.

Es cierto, todo aquí sigue siendo imperfecto. Pueblo del Señor: algún día será perfecto. El día en que su viejo hombre será sepultado por completo llegará, pero ahora aún tienen trabajo que hacer. Aún deben cumplir Su consejo, inclinar sus rodillas, seguir a su Maestro y hablar bien de Él. Que puedan entonces unirse al poeta del Salterio 203, como cantaremos ahora en las estrofas 1 y 4.

* * * * *

Tercer pensamiento. Su descenso al infierno.

“Descendió a los infiernos”; de eso leemos en la Pregunta y Respuesta 44. Solamente podemos ser breves al respecto. ¿Cuándo descendió Jesús al infierno? Dejamos a un lado todas las teorías que no tienen ningún fundamento en las Escrituras. El Señor Jesús no descendió al infierno físicamente, sino espiritualmente. Sucedió en el Huerto de Getsemaní y en la colina del Gólgota. Cuando Jesús tuvo que beber la copa de sufrimiento, el infierno se abrió, por así decirlo, y Él descendió en “inexplicables angustias, tormentos, espantos y turbaciones infernales”. Eso fue tan profundo que tuvo que clamar a Su Padre en Su cuarta palabra en la cruz.

Hay consuelo para un alma pobre y necesitada en el descenso de Jesús al infierno. ¿Cuándo se recibe ese consuelo? El Catecismo dice: “en mis extremados dolores y grandísimas tentaciones”. Hay terribles tormentas que pueden sacudir el bote de los hijos de Dios. Estas tentaciones se vuelven reales cuando ya no se siente la presencia del Señor y Satanás susurra en sus oídos: “Todo es de ti mismo. Dios no ha comenzado contigo, sino que tú has comenzado con Dios.” Puede decirles: “Tú has tomado el pan que pertenece a los hijos.” Puede señalar a otros y decir: “Ese hombre es un hijo de Dios, esa mujer es un alma con gracia, pero tú eres un hipócrita, y serás expuesto como tal.” Se sienten las “grandísimas tentaciones” cuando el corazón está frío e infructuoso, en tiempos de declive espiritual y deserción —tiempos en que la Palabra parece ya no ofrecer más esperanza. Oh, cuando el corazón está tan debilitado y no hay impulso para orar, cuando el amor se ha enfriado, cuando el mundo y el pecado atraen, cuando los viejos pecados que parecían estar enterrados resurgen con su horrenda presencia, entonces se siente lo que son las tentaciones.

Congregación, ¡cuánta agonía puede producir esto en las vidas de los amados hijos de Dios —en particular, cuando la causa recae en ellos mismos! Leemos en *El Progreso del Peregrino* que Cristiano terminó en el castillo del Gigante Desesperación. Estando encarcelado, ya no tenía escapatoria. Si hubiéramos visto al peregrino allí, podríamos habernos preguntado: “¿Es este hombre un hijo de Dios?” Muchos habrían respondido: “No, eso es imposible. Alguien que ha dejado el camino tan tontamente, alguien que está en las garras de un gigante tan malvado, alguien que ha caído tan profundamente, no puede ser un hijo de Dios. Debe ser alguien rechazado por el Señor.” Bueno, eso es exactamente lo que Cristiano sentía, aunque era un hijo de Dios y lo seguía siendo. Su carga de culpa había sido quitada al pie de la cruz. Él había recibido la absolución de la culpa y un título para la vida. Estos beneficios incluso habían sido sellados por el Espíritu Santo. ¿Pueden tales hijos de Dios, tan ejercitados y establecidos, terminar en un castillo del enemigo? Sí, pueden. Hay ejemplos de eso en las Escrituras, y Juan Bunyan conoció estas “grandísimas tentaciones” por experiencia.

Sin embargo, el Señor no abandona a Sus hijos, incluso en esos tiempos de tinieblas e incredulidad cuando son atacados por los poderes del infierno. Hay consuelo para esas personas tentadas en el descenso de Cristo al infierno. El Salvador sufrió las mayores tentaciones y las agonías más infernales, más profundamente que cualquiera de los hijos de Dios. Además, lo hizo como el Fiador. Lo hizo para pagar por sus pecados y librarlos de aquel castillo. Entregó Su vida y resucitó de la muerte. Él emergió de todas esas tentaciones, y, por lo tanto, Su pueblo emergerá de ellas también.

Cristiano, tampoco, permaneció en el castillo del Gigante Desesperación. Estuvo en ese castillo del miércoles al sábado, dice Juan Bunyan, y no había salida. ¿Pero qué sucedió el domingo por la mañana? Encontró una llave en su bolsillo. No se dio cuenta de que aún poseía esa llave. La había perdido. Esa llave simbolizaba la promesa de Dios. Señalaba al Cristo resucitado y hablaba de Aquel que venció el poder del infierno y aplastó la cabeza de la serpiente. Cuando Cristiano usó esa llave —¡oh maravilla!— la puerta de su prisión se abrió.

¿Entiende el significado de esto, pobre alma en medio de nosotros? Hay consuelo y liberación en Cristo porque Él descendió al infierno. ¡Nadie jamás podrá expresar lo que Él tuvo que padecer en su sufrimiento! Oh, nunca hablen a la ligera sobre el pecado. Si el pecado fuera un asunto trivial, Cristo no habría sufrido tanto. El Hijo de Dios tuvo que pasar por la agonía más profunda, pero voluntariamente pagó el precio. Victoriosamente, Él se levantó de la tumba para liberar a Su pueblo de su cautiverio y llevarlos al lugar de reposo eterno.

¿Qué leemos en nuestro Catecismo? “Para que en mis extremados dolores y grandísimas tentaciones me asegure y me sostenga con este consuelo, de que *mi* Señor Jesucristo ... me ha librado de las angustias y tormentos del infierno.” ¡Qué bendición si un pueblo afligido puede repetir estas palabras sobre un fundamento real!

Pecador preocupado, ¿carece aún de este consuelo? No descanse en sus lágrimas, sino busque ese único consuelo en Cristo. Sus lágrimas y oraciones no pueden pagar por sus pecados; Dios solo queda satisfecho con la muerte de Su Hijo. Su sangre ha sido derramada, y esa misma sangre tiene que ser aplicada. No tenga descanso hasta que pueda decir: “Él es también mi Salvador, mi Esposo; Él es ‘mi Señor Jesucristo’.” Entonces podrá también regocijarse en la gloriosa verdad del Domingo 16, que Él, “por medio de las inexplicables angustias, tormentos, espantos y turbaciones infernales de Su alma, en los cuales fue sumido en toda Su pasión, pero especialmente clavado en la cruz, me ha librado de las angustias y tormentos del infierno.” Amén.

Salterio 29:2,3